

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



DE LA SEMANA CRIO
(Fotografía de Alva
del Estudio Caruso).

Instante final de una de las pruebas en bastos, en el momento en que el jinete y el caballo, mutuamente vencidos, ruedan por el suelo.



El mar es para mí un milagro perpetuo: los peces que nadan, las rocas, el movimiento de las olas. ¿Qué milagros extraños hay allí? (WALT WHITMAN).



Las olas, misteriosas bailarinas del mar. (RITCHIE CALDER).

"Y el Mar vino a nosotros
"peldaños de piedra del drama
"sus príncipes, sus Regentes, sus
"sajeros vestidos de énfasis y
"tal, sus grandes actores de o
"ventados y sus Profetas en
"sus magos...
"Con sus Pastores, sus Piratas
"Nodrizas de niños reyes, sus
"Nómades desterrados y sus
"sas de elegía...
"Muy grande cosa en marcha
"la noche y la transgresión d
"Amargos" (1957) SA
JOHN PERSE (P
Nobel de Literatura

ES un mar que cambia de color co
estaciones. Gime como con suspiros
manos. Podéis verlo al final del otoño
olas conocen la historia de toda la cosa
de Maldonado. Y atrás el rudo viento
viene de Lobos.

Es un mar que no tiene un carácter
Sus olas saltan como mastines encaden
Con violencia y aplicación se echan
la costa. Sus playas son como nebul
de los sueños. Se alargan. Se estiran
huesos blancos hacia el Este, sin term
nunca. De sus aguas misteriosas y frías
dria salir por igual un niño de cabellos
les o un príncipe encantado. Sus peces
platea el sol.

Mar eternamente extraño y nuevo.
de Punta del Este, desconcertante como
rostro de un sueño. Azul al mediodía. B
co como papel en la dulce alborada de
amantes. Miradlo. Representa toda la su

PROFUNDO MAR AZUL

de los esplendores de la tierra. Es la ob
sión visual de todos los que llegan a
Península. Está al final de cada calle. J
ga como un gatito con las casas que tien
galerías que bajan al agua. Guarda la ap
riencia colosal que asumen los espacios,
vacíos cielos, crueles e inmensos. Mar
mortal. Que no sabe que existe. Lucha c
su fuerza gigantesca y salvaje. Sus voc
brotan de lo profundo del abismo y envu
ven la costa negra de Maldonado. La de
pedazan de a poco como mil leones. Ni
raíces de la viña ni las flores desconocid
arraigan en este mar duro. Ni los trigo
dorados ni los maizales.

Llanura inmortal. Inmensa y cruel com
el destino. Mar solitario. Solitario com
un cazador solitario. Mar que desconoc
todo y el sexo. Lo que no se comprend
corre por encima de la muralla de ese mar
que al otro lado del mundo, toca las arena
calientes de la Costa de Oro, en la negra
Africa.

Mar que es el mismo. Que es el prin
cipio del mundo en que vivimos. Cuand
la tierra era un verde vergel y la vida no
importaba nada. Mar que no tiene nostal
gia ni remordimientos. Que se despierta
cada día de su largo sueño milenario sin
saber si sueña.

Todavía y siempre: mar profundo y azul.
Nacido y por renacer, cabalgando sobre los
riscos donde empieza Gorlero, en las playas
quietas o enfurecidas, en el puerto donde
los pesqueros verdes del Soyp se desvan
cen en la llovizna. Olas que vienen de otra
inmortalidad después de una gran lluvia
El horror de este mar también puede fasci
narnos. Cuando salta enloquecido corriend
con sus banderas, desplegadas, vidriosas,
estallan en despellejados soles de espuma
que se incrustan en la nada del viento.

Mar que ha participado en todos los ca
taclismos de la Naturaleza. La historia de
Universo está escrita sobre el agua del mar
En sus orillas cesa la lucha de la civiliza
ción, los esfuerzos heroicos del hombre para
comprender sus vicisitudes y sus derrotas
Frente al mar estamos frente al misterio, a
la profusa niebla del porvenir.

Mar de Punta del Este, milenario, aislado
y majestuoso. Frío, impersonal, sin espanto,
como los ojos de un pájaro cegado hace
mucho tiempo. Pimpollos aplastados de es
puma. Estrellas de sal riendo con sus dien



En esfuerzo por comprender la Tierra, el sol y el espacio, volvámonos pues hacia el mar. (ATHELSTAN SPILHAUS).

Sin fidelidad a ninguna raza —al contrario de la tierra amable— el mar nunca ha adoptado la causa de sus amos, como lo ha hecho la tierra. (JOSEPH CONRAD).

blancos. Olas de voz ronca, violentas, singleras. Olas danzarinas que saltan alto que Nijinsky y sólo los artistas han sabido pintar.

ar y viento. Viento marino que pasa los médanos y los pinos coníferos. to de la noche que viene de fanales de os que navegan entre Isla de Lobos y asta. De día se ven blancos, estrepitosos ventud, cruzando la mañana que avanzada mirando la ciudad y el puerto. ués cae sobre Gorriti matizada de metolía. Sucede el mediodía que trae la e y adolescente luz marinera de al- ar.

etalos de fuego. Sombrillas doradas, brillas azules, rojas y amarillas en el ón amarillo de la playa. Las aguas de mar no se calman jamás. Avanzan en erredor flotante. Se encrespan. Rugen. rientan en estallidos que reparten el iris. unaldas de cristal, en la ondulación sin de la costa fría.

profundo mar azul, tan azul como un po de jacintos lustrados por la lluvia.

A lo lejos el faro que se alza sobre una rocosa isla. El tiempo está detenido frente a este mar como un niño que se queda absorto a la orilla del agua. El tiempo de este mar es una espada que corta con su filo, rodajas de cobrizo sol, monedas que se cambian por días, meses, años, en esta oscura marcha que emprendemos los hombres, hacia lo que sea.

En la esencia y en el hecho, estos paisajes marinos se impregnan en los actuales días del otoño de una atormentadora nostalgia. Evocan los fabulosos palacios de Las Mil y Una Noches. Hay tardes que los espejismos del mar de Punta del Este levantan en el horizonte columnas y altas ruinas elegantes, jardines y castillos boyantes, de un transparente vapor azul, tantos espectáculos fantásticos como los que caben dentro de la imaginación del que mira. Visiones todas que debían ser nuestras para siempre, como las nítidas palabras de la verdad que ponen respuesta a nuestras dudas o compañía a nuestra soledad. Pero un espejismo no se puede fotografiar. Es

como fotografiar la muerte luchando a brazo partido con un hombre que no quiere morir. Y triunfando sobre la vida destinada a expandirse y desaparecer. Se debían hacer peregrinaciones como a algunas ciudades santas de la India para ver esta belleza inmortal, para comprobar la caricia verde de cada ola, de estos mares soberanos, de estas planicies traslúcidas que pudieron haber sido el marco esplendoroso de Pelleas y Melisandra y hoy desencadenan sus cascadas de olas sobre Punta del Este.

Equilibrio y serenidad emanan de un panorama infinito frente al cual la vida humana parece dotada de una inútil y efímera protección. Algo bello y doloroso, algo dominador y salvaje al mismo tiempo. El mar es la única belleza intacta, monolítica, que permanece intocada desde los días primeros de la creación del universo viviente. Eso le suministra una aureola de carácter panteísta en el mapa inhospitalario y sórdido de estos tiempos, un sentimiento de inmersidad que contrasta con la pequeñez humana de nuestra existencia, análoga a la mis-

teriosa yema de una hoja a punto de brotar en su oscura rama.

Es otoño ahora en Punta del Este. Venid a ver el mar en estos días. El mar alborotándose. Rompiéndose. Resollando, fiero en su castidad virgen, abriendo a raudales sus pulmones en el filo cortante de las piedras. Su voz ruge en el oído del gran aracol misterioso de los tiempos, como tras una aquiescencia secular. Sus sábanas vienen saltando una sobre otra, como si fueran avanzadas de grandes ejércitos marinos, hollando estrellas encendidas, disolviendo risos atigrados de sol.

Ved este mar misterioso, único, duro, brillante, como un diamante en la arena, que asume el conocimiento de la humanidad, toda. Mar que cada día es una gran rosa pura. Que cada día como una rosa — nada más que una rosa — vuelve a la tierra, de nuevo, con amor.

J. R. CRAVEA

(Especial para EL DIA)



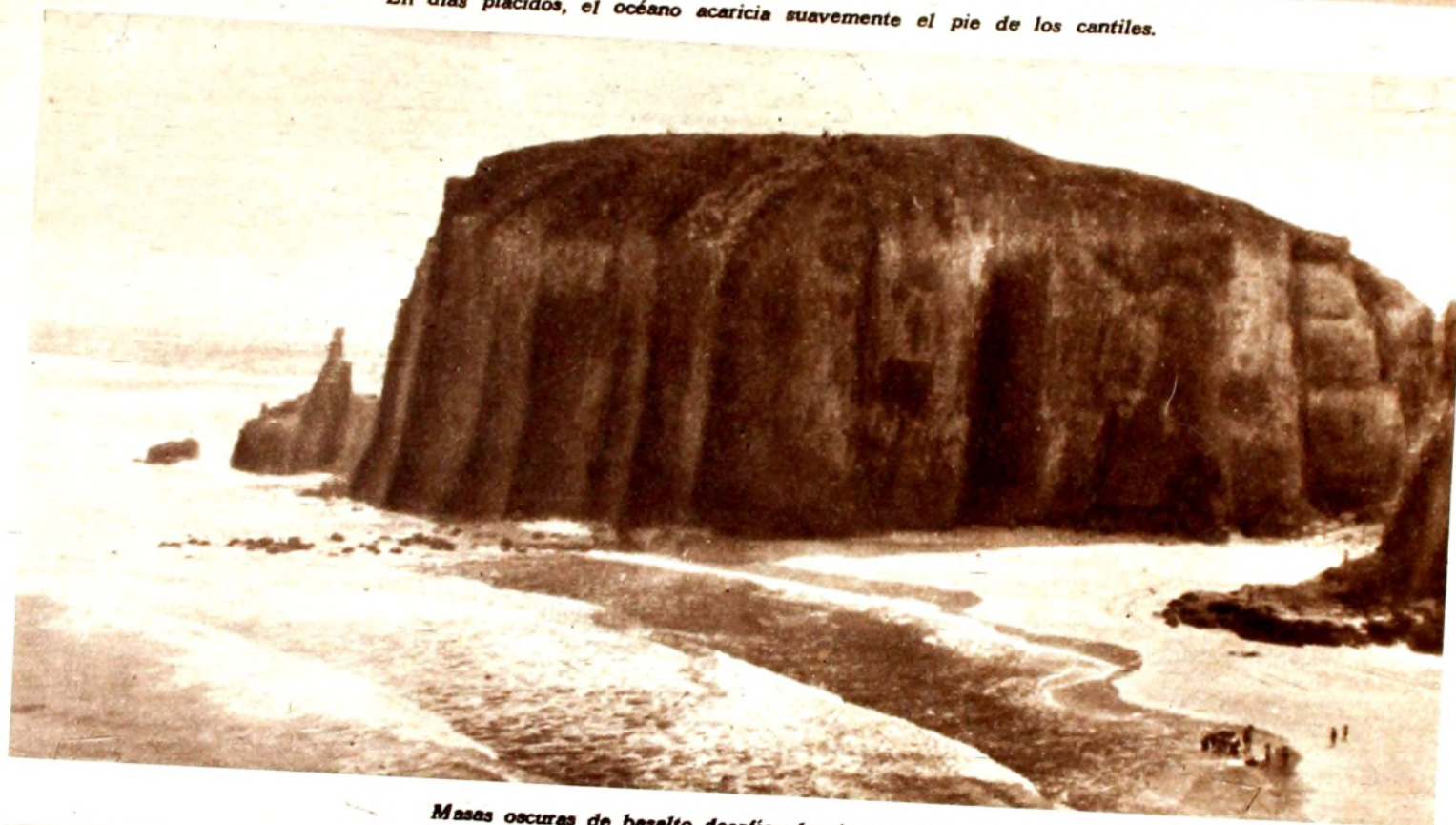
La mayor parte de los hombres no han visto jamás el mar, y muy pocos de entre ellos lo conocen bien. (GERALD WENDT).

Nuestra vida está condicionada por el mar. (JACQUES-YVES COUSTEAU).

TORRES DESAFIANDO AL ATLANTICO



En días plácidos, el océano acaricia suavemente el pie de los cantiles.



Masas oscuras de basalto desafían los ímpetus del océano.



Contraste entre la enhiesta roca oscura y la playa de blanca arena.

EN torno de la localidad riograndense de Torres, ubicada sobre la costa atlántica, las rocas integrantes de la gran masa continental del viejo escudo de la Brasiliana aparecen en profundidad, estando allí cubiertas por potentes capas de sedimentos gondwánicos y de basaltos, presentando estos últimos con su curiosa disyunción lumbar, la que puede observarse en la espectacular agrupación de morros de redes escarpadas y cima achatada o arredondeada, y en fantásticas "torres" de piedra, que desde lejos parecen construcciones humanas. Las olas del Atlántico alcanzan el pie de estas masas basálticas, creando en ellas profundas oquedades o "grutas" marinas. El conjunto aparece como el resto de sucesivas dislocaciones y basculamientos, que han afectado el salto, el que finalmente fue elevado por movimientos recientes, ya que algunas oquedades se presentan al abrigo de la acción del oleaje actual.

El basalto de Torres es de naturaleza semejante al que constituye en el interior del continente esa gigantesca masa tabular formada por derrames lávicos sucesivos que se extiende sobre un área de más de ochocientos mil kilómetros cuadrados en el Brasil Meridional, una parte del Paraguay, por las Misiones de Argentina y el Noroeste del Uruguay, dando características muy peculiares al paisaje. Con tal que las napas suelen alternar areniscas débiles metamorfozadas, probablemente de edad triásica, que afloran en la zona montañosa próxima a Torres, ofreciendo escarpas que parecen ser antiguos acantilados marinos ("falaises mortes") y oquedades donde en otros tiempos actuaron los embates del oleaje oceánico.

A pesar de la gran extensión ocupada por ese basalto continental, sólo en Torres consigue alcanzar el mar, y lo hace ofreciendo un espectáculo como pocas veces se puede contemplar en el prolongado litoral brasileño. Oscuros "inselberge" (montañas islas) se elevan bruscamente frente al océano, en una región donde enormes acumulaciones de arena, llanas o apenas onduladas por médanos, de color blanco o blanco amarillento, se tienden aquí y allá como para completar un cuadro de contrastes. Los "morros" basálticos están parcialmente cubiertos de hierbas enanas que se aferran al escaso suelo y consiguen formar un tapiz verde, mientras que sobre los arenales móviles las plantas psamófilas se cubren de vello ceniciento y sólo en determinados puntos lucen su verde descolorido. Bonitas playitas contornean las rígidas masas de basalto, y durante los días tempestuosos se oye claramente el fragor de las olas que rompen en los cantiles de piedra o golpean en las paredes de las grutas marinas.

Las acumulaciones de arena son relativamente modernas o recientes, y forman parte de gigantescas y sucesivas barras soldadas, que protegen a una serie de lagunas litorales respecto de los dominios del océano (lagunas de Sombrio, Itapeva, Quadros y otras).

Algunos sambaquís (montículos formados por acumulaciones de valvas de moluscos y otros restos de animales marinos), que hemos examinado junto con el antropólogo O. Menghin, muestran que pueblos indígenas que buscaban sus recursos alimenticios en el mar, habitaron esos lugares. Más al interior, y en las cercanías de las orillas occidentales de las lagunas litorales, los terrenos arenosos ocultan abundantes restos de cerámicas guaraníes. Pero en esta parte la vegetación es más abundante, estando cubiertos los terrenos anegadizos por densas formaciones de palma chirivá, ceibo y otras especies arbóreas, siendo frecuentes además el sarandí colorado, la chirca de bañado y otras plantas, y poco abundante la palma butiá, tan común en las cercanías de la Laguna Merín. Al-

TORRES
DESAFIA
AL
ATLANTICO



Furnas o grutas marinas abiertas por el oleaje.

Lucha del mar y la tierra en el seno de una atmósfera turbulenta.

Columnas de basalto a punto de ceder ante el oleaje que levantan las tempestades.



Las moles pétreas se levantan como silenciosos centinelas a lo largo de la costa arenosa.

Los copudos higueros se presentan cual verdaderos botánicos pues cobijan multitud de epifitas, especialmente de la familia de las bromeliáceas (*Aechmea*, *Vriesea*, *Tillandsia*). En las laderas de los suelos que en las laderas de los suelos próximos se cultiva el ananá, con algunos resultados, y en las hondonadas hay plantíos de banano, moderadamente rendidores. Pero esta región no está tan expuesta al clima oceánico como Torres, donde la temperatura media, a pesar de su situación en latitud es ligeramente superior a la de Montevideo (18° centígrados).

Torres, cabeza de municipio, constituye una concurrida ciudad balnearia del extremo Nordeste de Río Grande del Sur. Es una ciudad en parte moderna, limpia, de agradable aspecto y bastante activa. Pero lo que más llama la atención de los viajeros que llegan a ella, es la espectacular agrupación de masas basálticas que la marcan por el Sur, adentrándose en las aguas oceánicas y haciendo peligrosa la navegación cerca de la costa, como lo atestiguan algunos restos debidos a naufragios, que pueden distinguirse desde la orilla. Uno de los morros pétreos ha quedado reducido a un monumento natural adelgazado, donde las columnas basálticas se perfilan como torres de un fantástico castillo.

Al pie de los cantiles se amontonan trozos caídos desde lo alto, y que el oleaje trata de remover y reducir durante los días de tempestad. De todas maneras los cantos rodados son escasos, hecho que constituye una de las características más salientes de casi todo el litoral brasileño, y que es atribuible a la inestabilidad de los materiales rocosos bajo la acción de los climas tropicales. La ciudad se recuesta sobre la plataforma de uno de los "morros" semiarrastrados, pero hacia el Nordeste linda con una amplia playa de arena blanca y fina. Esta situación hace que las calles sean en determinados trechos de fuerte pendiente. Con mucha frecuencia todo el cuadro urbano y el natural, incluyendo los "morros", se sumergen en densas nieblas de origen oceánico.

Torres ve realizados sus atractivos por la presencia de las bizarras masas de basalto en sus inmediaciones. La resistente y oscura roca, con sus cantiles ciclópeos, parece desafiar con su terca solidez, las eternamente móviles y jadeantes aguas del Atlántico...

Jorge CHEBATAROFF.

Fotografías del autor.

(Especial para EL DIA)



Aspecto parcial de la ciudad de Torres.



Rubén Darío en plena juventud.



José Santos Chocano. Retrato pintado por López Mezquita. — "Hispanic Society of America".

DARÍO Y CHOCANO

EL cultivo del género biográfico exige del escritor que a él se dedica, características bien determinadas, entre las cuales no es la menor cierta objetividad e imparcialidad no siempre fáciles de conseguir. Al autor que escoge su personaje, lo mueve desde el primer instante una simpatía instintiva, una admiración o un entusiasmo inseparables de la naturaleza humana. Lo importante es que la verdad, salga indemne de esos impulsos afectivos, y que los perfiles biográficos no se deformen a influjo de la pasión personal del biógrafo. Ese fue el secreto de un Ludwig o un Zweig. Pero en ambos casos, son ellos en ocasiones quienes invaden a sus modelos, y en los retratados vemos muchas veces la efigie del retratista. Otras veces, la importancia del protagonista hace olvidar el nombre del exégeta. Así entendemos la tarea biográfica: un generoso oficio de mediador que pone de pie la vida toda de un hombre, y sabe eludir, desaparecer entre bambalinas, dejar actuar solo y en primer plano a su héroe.

En tal sentido, tenemos ante nosotros, dos libros que satisfacen plenamente ese requisito.

A menos de medio año de distancia una de otra, dos magnas biografías se incorporan como trascendente aporte, quizás el más trascendente de nuestro tiempo, a las copiosas bibliografías de Rubén Darío y de José Santos Chocano. Ambos se reparten el gran feudo espiritual de la Poesía del continente, ambos abarcan la hora esencial —y casi en el mismo momento— de la renovación estética de nuestra lengua. Ambos encarnan el estro de nuestra raza. Y ambas biografías revelan y precisan datos y episodios, interpretan el ambiente y el carácter, en una revisión necesaria, a esta altura, de dos figuras máximas de la lírica hispanoamericana. "Este otro Rubén Darío" se llama sugestivamente el libro del español Antonio Oliver Belmás. "Aladino, o vida y obra de José Santos Chocano", llámase expresivamente la del peruano Luis Alberto Sánchez. Apasionantes como una novela, son desde ahora punto de referencia inclu-

dible para quien desee profundizar la personalidad de cualquiera de los dos bardos americanos.

*

Rubén, mi buen hermano, te acuerdas
[del carrizo
que tú cortaste un día —tal vez
[primaveral
porque la Primavera de tu canción se
[hizo—
a crillas del gran lago de tu país natal?
J. S. CHOCANO.

El Dr. Antonio Oliver Belmás dirige en Madrid, el Seminario-Archivo "Rubén Darío", fundación cuyo mérito le pertenece, y que atesora el conjunto de manuscritos, libros, cartas, objetos, que fueron propiedad del nicaragüense, y habían quedado en la casita pobre de Navalsáuz, donde Francisca Sánchez los custodiara fiel y temerosa durante largos lustros, hasta que se decidió a donarlos al Estado, constituyéndose así ese Seminario rubendariano, con cuyos materiales el Dr. Oliver ha podido estructurar, documentadamente, el itinerario cronológico y el latido humano del cantor del "verso azul y la canción profana".

Es un libro, el suyo, arquitecturado con método, con honradez, con sinceridad, sin desperdiciar un dato, sin omitir fuentes, sin hacer alarde de su oportunidad de acceso a papeles preciosos y hasta ahora ignorados; labor minuciosa de biógrafo de intérprete, asumida con arte y aristocracia de estilo, noble y depurado, y que no se detiene en lo estrictamente biográfico, sino que además, analiza las circunstancias en medio de las cuales tocó actuar a Darío, pasa revista a sus contemporáneos, sigue su vida errante; y a eso aún se une un estudio detenido y valioso de la obra perdurable que sigue proyectando gloria sobre las letras de América y de España. Para nosotros, uruguayos, resulta de interés aparte el capítulo dedicado a las relaciones epis-

tales entre Darío y Delmira Agustini, verdadera primicia, que arrojan nueva luz sobre la sensibilidad compleja de la autora de "Los cálices vacíos", cartas que fueron particularmente comentadas en páginas de este Suplemento por el Prof. F. Ferrándiz Alborz, al adelantarse fragmentariamente en los "Cuadernos" del Congreso por la Libertad de la Cultura, de París.

Es importante asimismo la iconografía reproducida en el volumen. Fotos nunca publicadas hasta ahora ayudan a edificar el mundo del poeta en distintas horas de su vida, mundo que emerge de las páginas señoriales de Antonio Oliver y se corporiza al conjunto de su maestría de demiurgo, que tuvo el privilegio histórico de dar a la posteridad, el fruto de su talento, en "Este otro Rubén Darío", "otro", en verdad, ampliado el conocimiento que de él se tenía, más cabal, más humano, vivo a tantos años de su muerte en los folios envejecidos que una anciana que lo amó supo conservar en su humilde vivienda de un recoleto pueblecito de España.

Explica el Dr. Oliver, con demasiada modestia a nuestro juicio, el papel que él desempeñó y la misión que se había propuesto: "Por haber sido yo el primer catalogador de los documentos cedidos a España por doña Francisca Sánchez, debía moralmente al mundo un libro que se apoyara en esos amarillentos papeles. Ese libro, querido lector, es el que has tenido entre las manos. Y con él volveré a Navalsáuz, Dios mediante, en junio de 1960, para dejarlo en la misma habitación donde unas maletas viejas y misteriosas derramaron ante mis ojos todo un tesoro de Aladino".

Es más, mucho más lo que ha hecho: ha sabido tomar en sus manos, simbólicamente, la vieja lámpara del cuento, y al rozarla sus dedos, puso de nuevo en pie al gigante...

*

"¿Me permites, Chocano, que como
[amigo fiel,
te ponga en el ojal esta hoja de
[laurel?"

Tal dije cuando don Ju
último de los incas, se tor

Y Luis Alberto Sánchez, tan al genio dadivoso, en el título recién llegado a nuestras manos o vida y obra de José Santos Chocano. La existencia tumultuosa de América, día, de por sí, arguye una historia de aventuras. La fama de famoso poeta peruano, tan diario, inclina menos a la simpatía pasión. Darío generalmente entusiasmado, que sin duda no gustaría padecido, a veces irrita; se yemto y empenachado, contradiciéndose vanidoso hasta la ingenuidad, hasta el homicidio, audaz hasta conjuanesco hasta la bigamia. Se de a su terrible petulancia, a su a su despótica soberbia. No pinta al sujeto, lo describe con ardientes testimonios, y del conjunto sale borrasca de un ser genial que permitido por el solo hecho de Relampagueante y sonoro como sus propios endecasílabos rotund no cruza por la existencia avasabriéndose camino a golpes de jeándose por igual admiraciones tías, ambicioso de gloria, y conv su destino.

El gran ególatra, talentoso y feroz estudiado con autoridad por tor que desde hace años sigue la de su existencia dramática y co Luis Alberto Sánchez tenía como precedente, las Obras Completas de no, ordenadas y prologadas por el Creemos que ésta sea la primera cronológicamente, si lo es por la biografía total de José Santos Chocano algunas veces han señalado en cierta ligereza en algunas conclusiones algún error de fecha o dato —peccata para quien ha realizado una labor de amplitud y enjundia innegables to todo aquello de su andar de veces encubierto por el brillante est maneja, sin duda esta biografía de levanta tales cargos, pues evidenci guridad, la erudición y la desenvolt que se mueve dentro de un tema evidente, le es predilecto, dándonos pluma nerviosa y ágil la semblanza dable de un hombre discutido y bargo, indiscutiblemente, gran poeta.

Chocano y Darío vuelven a encontrarse en una cita póstuma, en estos dos capitales, a muchas décadas de la triunfo que vio estrecharse las manos los dos creadores más célebres del hispanoamericano.

Dora Isella RUSSE

(Especial para EL DIA).



Así es ahora aquella a quien dijera el nicaragüense: "Lazarillo de Dios en mi senda", / Francisca Sánchez, acompañame". Tiene en las manos el primer ejemplar de libro comentado, y vemos a su lado, el autor, Dr. Antonio Oliver Belmás. (Foto de Carmen Conde, abril 1960).



"Casamiento", de Pedro Figari.



"Candombe", otro de los óleos de Figari.

INAUGURO EL MUSEO FIGARI

Museo Figari tiene en su esencia un sentido social. Vivir y dejar vivir una ley para mi padre, que no dentro de ella, ya que el con- punto máximo del afán de su sociólogo, el penalista, el edu- poeta, el político — veremos que onvivir aquél, convivió con sus hi- realizar y realizarse como pintor. amamos a la última etapa, la del co- e fue, ya que desde ese prisma mpres, y siempre al mundo de su u tan cósmica como pétrea exis- ificil experiencia la de ser su ver- jo, como lo fue Juan Carlos, o su adera..."

uno de los conceptos que vertiera alabrar liminares del boletín re- el Museo Figari en su inaugu- de la artista, doña Delia Fi- rrederrera, única donante de la obra eo, y que con rara captación del ealista de la concreción de su ideal, r el momento en que la justa e los acontecimientos librarán jus- mo de nuestros más grandes pin- us noventa cuadros y documentos avaluados en tres millones de n el rasgo más saliente de una do- an parangón en nuestro país. La un ideal pudo en este caso resistir tentaciones materiales, y sobrevi- lógica que el tiempo da derecho, forjar poco a poco, y con lucha, o guardián de los cuadros del pin- encierran en sus anchas paredes despojos de tiempos idos, los mo- ue un portentoso recuerdo supo lle- acartón en cromatismo febril, en un de colores maravillosos, y en el mo- de vida arrancado como estampa, ostumbres y bailes, a las bodas y a iones, a los candombes y a los pe- a las tardes bajas de sol y a los allos de azul. A la luna solitaria abando el quejido del campo, y a los ombúes que filtraban lentejuelas de las que se animaban las floreadas anchas y los negros chiripás del ivo festivo.

existe una razón sentimental en este que fue Molino de Pérez... El pasaba allí buena parte de sus pe- de vacaciones, y pintaba en sus am- aladas de gruesos maderones y vigas. ada, que acunaba el agua del arroyo, ó su faena de noria y es un símbolo y fuerte en su poderoso armazón de mo. Como una voluntad tremenda pa- vocar los años del pintor, diez años tancia avasallante, de retrospectivas pmes que el recuerdo le traía, y que a presuroso en los cartones, antes que rran de su visión, como vuelan las as del poeta, que nunca las

realizados
más ori-
nuestra

historia del Arte... Sesenta años tenía el pintor cuando abordó esta tarea inmensa.

Viendo los cuadros, se siente la liviana concreción de lo largamente pensado, de lo que fue elaboración de años en imágenes borrosas, y que de súbito se revelaron posibles, y pulsaron los dedos del artista como imantadas armonías de color. Pesa el caserón en la liviandad de esa pintura, pero son iguales épocas las vividas, de consistencia en el valor y en la durabilidad de las cosas... Por allí se funden al unísono en la música que florea en sus amplias salas, que recuerda al visitante las danzas y las evocaciones que deben haber sacudido al pintor cuando en París surgían ante sus oídos los lejanos compases.

El autorretrato de Figari a la entrada del salón pequeño de su época primitiva, donde los temas no habían todavía arbolado la fluidez de los colores, cuando se hacía un cuadro, pero no se sabía dejarlo a tiempo de la sutil riqueza del intento, y el encanto moría un poco aún...

Luego las salas más amplias, y el develar de todo el mundo de colores que poblaron su imaginación frondosa, envuelta en cientos de armonías y finas calidades... Rojos vivos como centros luminosos, rodeados de toda una gama cálida de ricas entonaciones pastosas, enredadas como los grupos de negros bailando su candombe, o como las revoleadas enaguas de las chinas de sala. Negros rostros sin detalles y llenos de vida... vida al costado de la puerta y con el mate en servicio, esperando el sorbo de la señora que da la señal a la esclava. Conventillos de dos pisos como dos raíces de conjunto; la acción en los de abajo, la mirada a salvo obsequiándose con el espectáculo.

Rituales actos, complejas composiciones, en las que velan a un muerto o bailan a campo abierto; en que hay bullicio mudo como el grito del color, y lontananzas de emotiva reminiscencia. Todo ese enjambre de la idea que pasa, del recuerdo que sobrepuja y obliga al artista a trabajar desde el alba hasta el atardecer...

El Molino de Pérez vuelve a abrirle su pesada puerta al pintor; éste derrama su luz, y las vacías estancias se pueblan con todo lo que entreveía entonces en aquellos tiempos lejanos su instinto latente. Son noventa obras, cartas y dibujos en canción de palabras y colores. Escaleras de piedra que prolongan sus pasos hasta el vecino campo de verdes luminosos, y que son en las ventanas de las galerías, postigos de esperanza para la obra didáctica en que está empeñado el Museo en realizar. Se ha previsto un plan de perfeccionamiento en la vida de este Museo: luces artificiales de modernos sistemas en favor del color y de los medios de divulgación, departamentos de investigación; todo en trabajo reunido, para no dejar escapar la obra del artista del Uruguay. El próximo 29 de junio se conmemorará la fecha aniversario de su nacimiento. Se la espera para dar cumplimiento a la inauguración oficial del

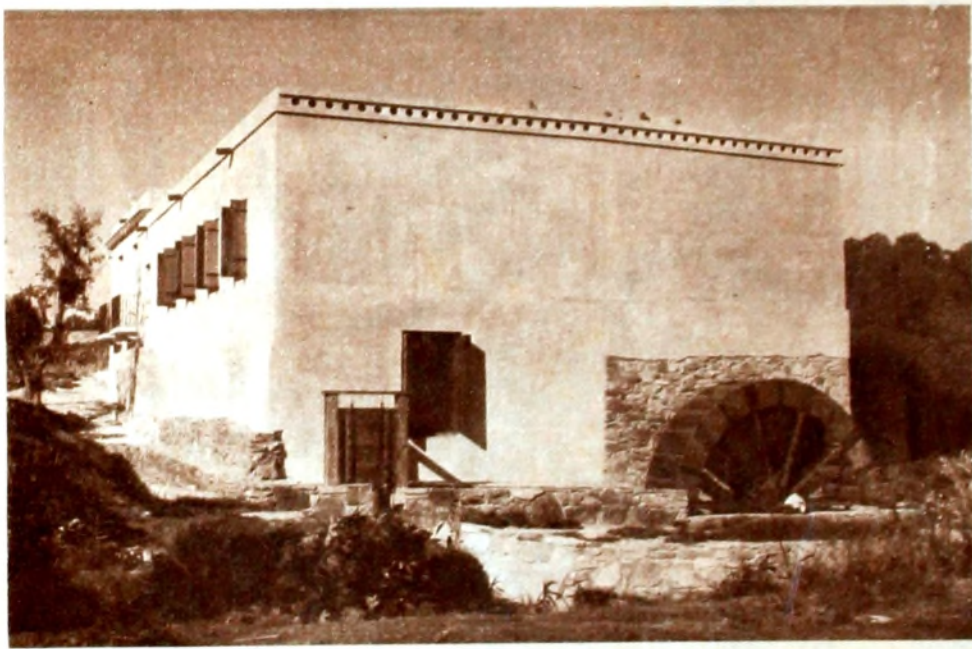
Museo. Mientras tanto, la apertura temporaria apurará a los ansiosos de ver y admirar la obra de Figari, en una larga serie con etapas de prolija constancia, donde los dibujos marcan una original faceta de su temperamento, donde apunta con ligera marca de lápiz, los tipos que han de ser después los caracteres de sus cuadros, siempre compuestos en el color, jugosos de materia y con la cierta versión del temario hallado. Una frase, un gesto, una epopeya, un dolor, una fiesta, un campo solitario, la

diligencia, las comadres... todo pasa como una sucesión de escenas en el recurso fresco del pintor. Los colores hieren la retina de la imagen, que desde lejos busca plasmarse con la sencilla oración de su paleta. Y se combinan y manejan con la ductilidad sabia de la técnica instintiva que se aviene a la portentosa riqueza en infinidad de motivos.

El Museo Figari guardará todo este caudal, todo este acervo, que ya jamás abandonará nuestro país, gracias a la heroicidad de una de sus hijas, que supo ver más lejos que la simple realidad.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



Farte del edificio del "Molino de Pérez", destinado a Museo.



En la presente fotografía vemos un aspecto del acto inaugural del "Museo Pedro Figari". Aparecen en ella, la conservadora y donante Sra. Delia Figari de Herrera, rodeada de asistentes al acto.

LOS CUADROS DE VELAZQUEZ QUE NO HAN ES



INFANTA MARGARITA TERESA vestida de azul.

EN LA EXPOSICION DE SU CENTENARIO

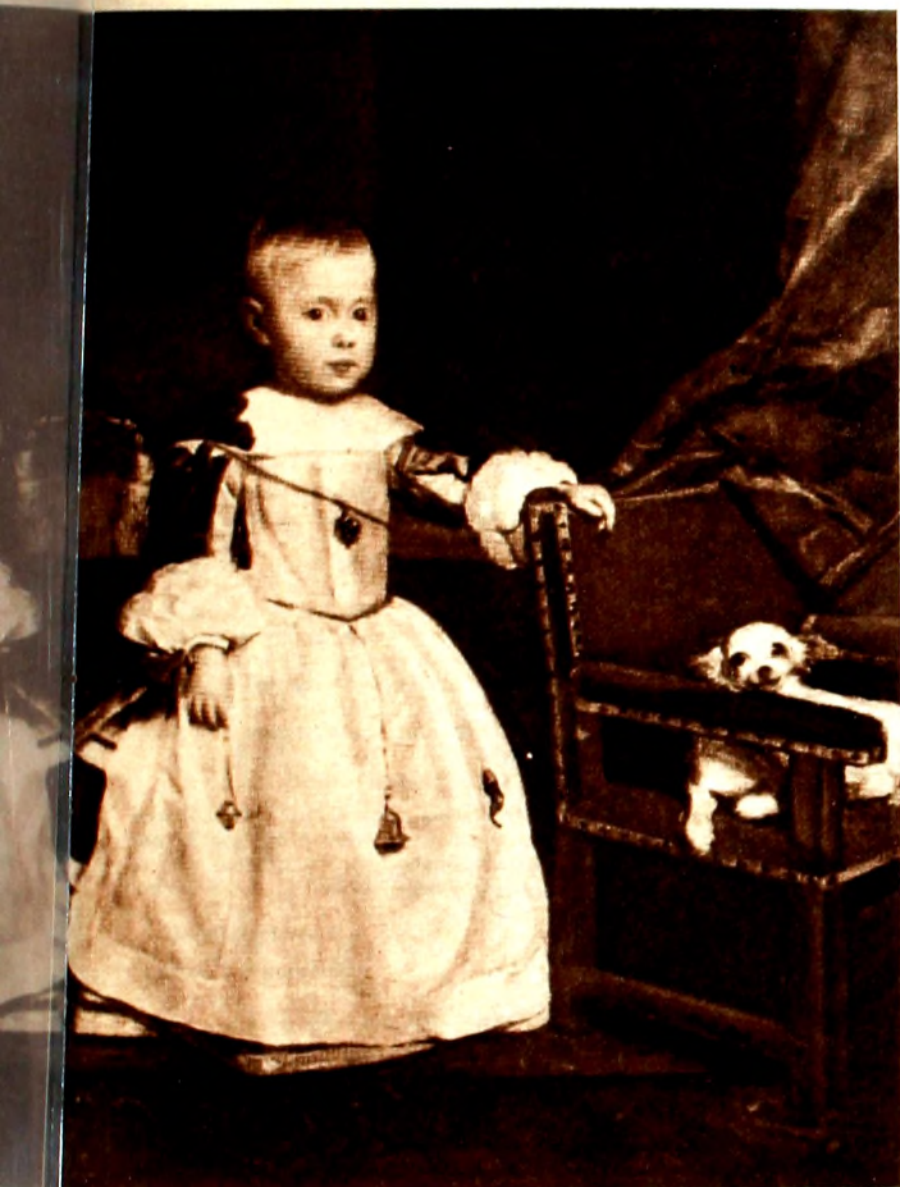
adaba una andaba yo tan can-
das ya mis facultades
rio todo, que al llegar
enfrente de él, en una
olobrandolo como se debe
endo no se tiene limpia
ello, no se aspira a en-
posible que sacara más
queza, para ver el Museo

obicebu bendecido amigo el doc-
historiador ya ausente
nosotros, me sonrió con
gracia suya y me dijo:
ol mujeres lo que te espera
escritora Isabel de Am-
garaz mirar mi pregunta muda, de
am albea podía más consigo mis-
um abo Anda, mujer; vas a ver
n sup nes, que no verás nunca

ces, también posee, ¡y cómo!, genios del
rango de Velázquez.

El azul del cuadro de la Infanta Margarita-Teresa "a los tres años de su edad", no se puede comparar ni con el azul del cielo. Es un azul junto a un rosa que solamente Velázquez pudo hallar en el mundo del color. Por ese azul solamente vale la pena ir a Viena. La infanta Margarita-Teresa acude desde el azul, desde el rosa, desde el raso palo rosa contra el cortinón rojo, para llenarnos de inefabilidad radiante. El infante Felipe-Próspero, es algo tan tierno, tan delicado, tan puro, que no se encuentran palabras para él.

¿Qué le ha pasado a la querida Viena para negar a los españoles la contemplación de estas cuatro obras magníficas, en la exposición de Velázquez de Madrid? ¿Por qué se la negado a enviar, prestados, estos cua-



EL INFANTE FELIPE PROSPERO.

yo y conseguí mantenerme er-
sobrepasar puertas y algún co-
e llevó... ¡ah, cuánta razón
Cayetano Alcázar! Que me
estos cuadros de Velázquez, los
cuadros del mundo, con un
oscuro, una elegancia abruma-
mosos. Y en efecto, solamen-
n Viena, se pueden ver estos
que cuando Europa ha sido tan
prestado sus cuadros para la
Velázquez, solamente Viena,
una, ha negado la concurrencia
De éstos. De los que consi-
quequel tremendo cansancio mío,
fatiga exhaustiva mía, se fun-
mieran humo. Porque en cuanto
fatiga, adiós cansancio! Una
delegría y de juventud me subió
cuerpo, y toda fui ojos que
par en par, alma que me inun-
tos, y orgullo enorme que me
uno continuidad de un pueblo
... lo que tiene de malo a ve-

dro del genio español cuando se le rendía
homenaje mundial en su patria?

Naturalmente que no lo sé, y que menos
espero que Viena me aclare mi ignorancia.
Menos mal que tuve la suerte de ir allí, de
verlos allí, de que la admiración me libe-
rara, fulminante, de mi fatiga vienesa. Por-
que si la suerte no me hubiera llevado a
Viena, no podría saber lo hermosísimos que
son estos Velázquez de la infanta Marga-
rita-Teresa y del diminuto Felipe-Próspero.

Como colofón a mis anteriores notas a
la exposición celebrada en Madrid durante
el mes de febrero de este año, van estas
palabras en torno a los cuadros no exhibi-
dos en ella. Ha sido una verdadera pena,
cuya razón de ser sabrán los que todo lo
saben en el mundo. Lo único que una sabe
es que son tan bellos, tan inolvidables, que
se piensa en la negativa de sus dueños con
cierto rencor...

Carmen CONDE

(Especial para EL DIA)



LA INFANTA MARGARITA TERESA a los tres años de edad.



LA INFANTA MARGARITA TERESA (1656).



ESE amanecer el coronel Segundo Aguilera no pudo enderezarse en su lecho. Lo intentó tres veces. Entonces comprendió que sus ochenta y nueve años habían dado todo lo que él les exigió: un extraordinario vivir en permanente actividad, de la cama al caballo, del caballo a la cama, rodeos, apertes, tropas, caminos... y tres guerras. Ese amanecer de fines de enero conoció que no era más que un poco de carne y huesos sin energía. Por sus oídos iba entrando la sinfonía de todas las mañanas: gritos, voces, silbidos, canto de pájaros, diada de gallos, balidos, relinchos... y él estaba atado allí.

Una cruda amargura pasó por su espíritu; ayer aún había montado y recorrido los bajos y cuchillas de su campo. Al fin se fue serenando poco a poco.

—Y güeno —pensó— me tironaron el bozal. Algún día tenía que abrir la última portera...

Quedó boca arriba y le empezaron a llegar los recuerdos de su mocedad... hasta que su hija mayor, extrañada de no verlo

salís al patio gritándole al negro Pilar por su mate, entró al cuarto.

—¿Le pasa algo, tata?

El le clavó los ojos, luego sonrió.

—No me pude mover, m'hija. Creo que el clarín ta tocando silencio.

—¿Pero tata...!

—No se alborote ni se asuste. Esta hora nos llega a tuitos. ¿Siente retocar a sus hijos? A ellos también les va llegar.

—¿No, tata! Voy a mandar buscar el doctor.

—¿Asunción! —Su voz la detuvo—. No mande buscar a naides. A lo más pasao mañana me están velando. El frío que tengo en los pies no es el de las heladas de julio...

Su hija quedó mirándolo con emocionada ansiedad.

—Enderéceme un poco, m'hija, póngame un almohadón en el lomo. Y dígame a Pilar que venga a cebarme mate...

A las once de la mañana tomó una brusca determinación. Hacía más de cinco horas que estaba entre las cuatro paredes de su cuarto mirando el techo. En todos los días de su vida no había pasado por esa prueba atormentadora a no ser las dos veces que llegó herido. Pero entonces, mientras su carne se reponía, su espíritu se sossegaba. Ahora no: la insensibilidad de su carne lo torturaba y en su espíritu crecía una desgarradora angustia. Gritó:

—¿Asunción! Haga sacar mi sillón pal frente. Dispués traten de llevarme y sentarme.

Y allí quedó en medio de los horizontes de su pago, mirándolos uno por uno, rodeado de hijas y peones suspensos y doloridos.

—Güeno, güeno, cada cual a su cada cual. Déjenme solo.

Y allí se puso hasta caer la tarde. Repasó con el alma el corredor por donde salió y volvió mil veces. Lo veía perderse tras el Cerro de las Mulitas; pero él lo seguía. Sabía sus curvas y sus repechos, cuando cortaba los montes por pasos y picadas, cuando se retorció en la sierra... y lo seguía hasta que se abría en otros que iban a los cuatro vientos cruzando estancias, comercios, ranchos... Sintió ese corredor cuando él lo pisó arreador o lanza en mano; o bien empilchado en ocasiones de ir a visitar su novia, y cuando por él llegó con ella, ya casados, y cuando la llevó muerta hasta el pueblo donde naciera. Y miraba el campo ancho, vibrante de sol, que se esfumaba en la lejanía, el trazo sombrío del arroyo Sauzal... Y cuando comenzó a hacerse noche y lo quisieron llevar a su cuarto, sus ojos chispearon y su voz resonó metálica:

—¿P'adentro? ¡No! Aquí viá pasar la noche, aquí viá esperar el día. P'adentro iré con las patas pa delante...

Tuvieron que taparlo con un poncho.

En el rancho de don Manuel Espinosa también había pasado la tragedia. El viejo había madrugado como todos los días y al ir a la cocina por el pequeño patio, tuvo un desvanecimiento. Sus hijos lo levantaron y acostaron. Cuando volvió en sí pú-

sose de pie otra vez. Pero al ir de nuevo a la cocina sintió que sus piernas no eran las de siempre.

Esa tarde, tendido en su cama, le dijeron que el coronel Aguilera estaba en las últimas. Cayó en una profunda cavilación.

Estos dos hombres nacieron y se criaron en el mismo pago. Los campos de sus mayores eran linderos. Niños, mozos y viejos no se apartaron jamás del lugar. Sin embargo vivieron separados permanentemente por algo más que el alambrado del límite; por un odio de familia, de apellido, y de militancia política que venía de muy lejos, odio que en vez de apagarlo era avivado por ellos; pero un odio de nobles aspectos, reconociendo uno los valores del otro. Tres veces marcharon con sus aparcerías a las cuchillas, con divisas de distinto color en sus sombreros; y las hazañas de éste y aquél pasaron por los pagos haciendo brillo de idéntico fulgor. Había un mutuo respeto en el trabajo de las estancias. Cuando no pudieron eludir el compromiso de ir a la misma fiesta o al mismo duelo, trataron prudentemente de no encontrarse ellos y sus hijos... Nadie les preguntó nunca por qué se odiaban. De haberlo hecho alguien quizá hubiera quedado sin respuesta, pues ni ellos mismos lo sabían. Era algo que lo llevaban palpitante en la sangre y lo cuidaban como la más alta herencia.

Estaba saliendo el sol cuando el coronel Espinosa llamó a uno de sus hijos.

—A ver, hágame ensillar el petiso Naranjo.

—¿El petiso Naranjo! ¿Ande va, tata?

—¿Hágame ensillar el petiso, he dicho!

EL ODIO...

No se pudo poner las botas. Con tardos pasos llegó a la puerta. Allí estaba el petiso ensillado. Tomó unos mates. Lo ayudaron a montar.

—Lo viá acompañar, tata; mi moro está ensillao.

—¿No, quédese! Tengo que dir solo.

—Pero... ¿ande va, tata?

—A lo del coronel Aguilera.

—¿A lo del coronel...!

—Sí, señor; se tá muriendo y yo también. Dende que nacimos no nos hablamos... por lo menos tenemos que despedirnos...

Y salió al paso. En montón quedaron sus hijos, las sirvientas, los peones, inmóviles y mudos. Todavía había una tremenda voluntad en aquel viejo.

Y hora y media después, luego de ir hecho un arco sobre su recado y bajo el sol, el coronel Espinosa llegó a los galpones de la estancia del coronel Aguilera. En cuanto fue reconocido se conmovió todo el ambiente. Afuera, frente a la puerta principal de la casa estaba el otro viejo. Como dijo, había pasado la noche bajo las estrellas. El negro Pilar le arrimaba la bombilla a los labios; ya no movía los brazos. Una de sus hijas se le acercó.

—¿Tata, ahí está el coronel Espinosa? ¡Que quiere hablar con usted!

Un resplandor intenso se clavó en la mirada de Aguilera. Se hizo un profundo silencio. Luego habló:

—Hágalo pasar, María.

Se apeó a duras penas. Traspuso la portera y avanzó trabajosamente.

—Güen día, coronel Aguilera.

—Güen día, coronel Espinosa. A ver, traigan un asiento...

Y frente a frente quedaron los dos ancianos mirándose serenamente. Al fin el visitante habló:

—Usted debe andar por los ochenta y nueve, más o menos, coronel...

—Sin más y sin menos: ochenta y nueve.

Un silencio largo. Espinosa siguió después:

—Son los que yo tengo. Ayer me levanté y vide que ya no podían con la carga que les puse: los limones partidos, los ejes sin sebo, el toldo roto, el pértigo podrido... ¡Se paró la carreta, coronel!

—A mi me ha pasao lo mesmo: la picana sin clavo, los yugos sin coyunda, los güeyes muertos...

Cerráronse sus bocas. Quedaron contemplándose. Se contemplaron mucho tiempo, mirándose y admirándose, pues la fama y mentas de ambos habían ido lejos, saltando comarcas...

Al fin, Asunción, asombrada por aquel encuentro insospechado e impresionada por el mirar iluminado de ambos, rompió el silencio:

—Diga, tata, y usted, coronel Espinosa, ¿no quieren servirse de algo?

Los dos tuvieron como un sobresalto. Y los dos le sonrieron. Espinosa habló:

—Gracias, niña.

Fue a levantarse, pero el esfuerzo del viaje había terminado con todas sus fuerzas. Cayó. Lo llevaron y tendieron en un catre, en una pieza grande. Dos horas después tuvieron que atender a don Segundo, que les dijo:

—Acomódenme cama ande está Espinosa.

Cuando cayó la tarde estaban los dos en agonía. En una de esas, Espinosa se irguió, llevó su mirar al coronel Aguilera, y habló:

—¿Lindas vidas las nuestras, coronel!

El otro anciano abrió los ojos, que se avivaron un instante. Pudo levantar su cabeza. Dijo:

—¿Lindas mesmo, coronel...!

Al otro día los enterraron juntos. Durante toda su existencia vivieron separados por un odio irrazonable. Ahora estaban uno al lado del otro bajo las piedras de la sierra.

José MONEGAL

(Dibujos del autor)

(Especial para EL DIA)



A bordo del "Aragón" partió para Gran Bretaña, en uso de licencia, el Primer Secretario y Cónsul de ese país, señor Clive Martin Rose, con su esposa señora Elizabeth Mackenzie Lewis y sus hijos. Aparece el Sr. Rose en nuestra nota rodando del Dr. José Real Idiarte y de nuestro Director, Sr. Jorge Pacheco Areco, que fueron a despedirlo.

RECUERDE U.D.

El Hogar



LA SUPER CERA

QUE LIMPIA
DA COLOR
ENCERA Y
DESINFECTA
SUS PISOS.

**CLINICA
DENTAL
YAGUARON**



PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguaron 1533

(A mitad de ciudad)

CASE PATRANDE



La CATEDRAL y sus 6
Torres vista desde
el campo de las
Esterqueiras y la
calle de la
Trinidad.



CATEDRAL
Fachada de las
PLATERIAS (Siglo XI.)
A la izquierda la Torre
del Tesoro.



Iglesia de SANTA
MARIA SALOME (Siglo XV).
en la Rúa Nueva.



PLAZA DE ESPAÑA con el GRAN HOSPITAL REAL. Fachada de 1511
a la izquierda el PALACIO DE RAJOY (Ayuntamiento) de 1777.

EL TELEFONO

CUMPLE 100 AÑOS

AUNQUE la telefonía eléctrica pertenece a las conquistas técnicas de la segunda mitad del siglo XIX, sus orígenes acústicos se pierden en la lejanía de la historia. Bastará con recordar la idea de Aristóteles, creando una bocina o "megáfono" destinada a dar mayor alcance a la voz humana y el bien conocido "teléfono de cordel", para comprender que la necesidad de prolongar el alcance de la palabra a través del espacio, fue sentida desde los tiempos más remotos. Hoy día, cualquier estudiante asocia la idea del teléfono (tal como lo conocemos ahora), con el del nombre del físico-fisiólogo irlandés Alejandro GRAHAM BELL (1847-1922), inventor del primer "teléfono de articulación" (articulating telephone), apto para transmitir la voz humana, en tono y en timbre.

Esta invención, que si no nos parece ahora maravillosa, es sencillamente porque estamos demasiado familiarizados con ella, fue presentada por Bell, en los Estados Unidos de Norte América, el 14 de febrero de 1876, sólo dos horas antes de que otro físico americano, Elisha Gray, presentase la suya, destinada a los mismos fines.

Bell dio a su invento, el nombre citado (*articulating telephone*), para diferenciarlo radicalmente de otro dispositivo electrofónico, también llamado *teléfono*; pero que sólo podía transmitir sonidos o tonos puros, conservando su altura, pero no su timbre. A este aparato primitivo, construido en marzo de 1861 (hace justamente un siglo), nos referiremos en la presente nota.

EL "TELEFONO MUSICAL" DE REISS

En 1860, un humilde maestro alemán, radicado en Hamburgo, se propuso estudiar una serie de fenómenos electroacústicos que habían despertado, muchos años antes, la atención de numerosos físicos europeos.

Recogió todas las interesantes observaciones efectuadas por Page, De la Rive y Henry, quienes, independientemente, habían estudiado los sonidos "que se producen en una barra de hierro dulce, rodeada por una espiral conductora (especie de electroimán), cuando ésta es recorrida por una corriente variable en intensidad". Produciendo rápida interrupciones en esa corriente, llegaron a obtener sonidos musicales bien definidos, cuya frecuencia (altura o tono) era precisamente la de las interrupciones.

Vea ahora el lector, cuántas "innovaciones" — en técnica y en léxico — reconocen una antigüedad respetable: nada menos que

en 1837, se hablaba ya de una "música galvánica", y se ideaba la construcción de una especie de piano eléctrico, basado en un electroimán que recibiese pulsaciones eléctricas controladas por teclas...

La idea pareció tomar buen camino, cuando, en 1854, el francés Froment construyó un vibrador especial, con el que transmitió sonidos a distancia, por una línea telegráfica. No cabe duda, pues, de que Froment es el más directo precursor del teléfono. Pero cabe a REISS el honor de haber sido el primero en lograr que esas vibraciones eléctricas fueran comandadas directamente por el sonido. Su teléfono de 1861, puede verse en la figura que reproducimos de "El mundo físico" de Amadeo Guillemin.

En el *teléfono musical* de Reiss, el sonido emitido por un instrumento, hace vibrar una lámina de caucho, C, en cuyo centro existe un pequeño botón de contacto. A escasa distancia de tal contacto, está fijo un estilete E, que comunica con uno de los polos de la pila. De esta suerte, las vibraciones de la lámina, de igual frecuencia que el sonido que las provoca, establecen una serie de contactos entre el botón y el estilete, cerrando el circuito eléctrico, tantas veces como vibraciones tiene el sonido productor. La corriente es enviada al receptor, que consiste en una larga aguja de hierro dulce (g), rodeada por una espiral de hilo de cobre, que magnetiza a la aguja, a cada paso de la corriente "controlada" por la lámina de caucho.

De acuerdo con las experiencias de Page y De la Rive, las vibraciones moleculares que experimenta el hierro dulce, al ser rápidamente imantado y desimantado, producen sonidos bien perceptibles. En el teléfono de Reiss, las débiles señales sonoras eran reforzadas por medio de la caja de resonancia, D, que en la figura aparece levantada.

Obsérvese que, a esta altura de la técnica telefónica, todavía no se empleaba ninguna lámina metálica en el receptor; estando las vibraciones mecánicas producidas por la corriente, sólo a cargo de la aguja magnetizable. Eran, por lo consiguiente, muy débiles. Según Guillemin (op. cit.) "...los sonidos transmitidos por el teléfono de Reiss son un poco débiles y algo nasales, y no conservan el timbre peculiar de los instrumentos que toca la pieza musical que se ha de transmitir". Hoy vemos que es lógico que así fuese, pues las ondas eléctricas generadas por contactos interrumpidos bruscamente, no pueden ser sino de la for-



Alejandro Graham Bell, inventor del primer "teléfono de articulación".

ma que hoy se conoce como "cuadrada", faltando por completo, los armónicos que definen el timbre de cualquier instrumento, y las articulaciones (consonantes, sobre todo), de la palabra hablada. Los sucesivos perfeccionamientos introducidos por Reiss permitieron aumentar la intensidad; pero nunca, reproducir el timbre. Pese a tales limitaciones, con el invento de Reiss, en 1861, quedó fundada la *telefonía eléctrica*. En su aparato, por primera vez era el sonido musical el que comandaba las pulsaciones de una corriente, la cual podía ser conducida hasta un receptor lejano.

*

El resto de la historia de la telefonía, pertenece ya al dominio público: en 1876, BELL hace posible la transmisión eléctrica de la palabra, creando un transmisor-receptor reversible, cuyo fundamento permanece todavía invariable. Mercadier, Ader, Berliner y otros inventores, sólo pudieron introducir modificaciones de forma (receptor plano) y de dimensiones, al receptor de Bell, cuyo principio rige aún en el auricular de nuestros teléfonos actuales. La invención del *micrófono* por David HUGHES, en 1878, hizo posible elevar considerablemente la "fuerza de comando" eléctrico del sonido original, y permitir la transmisión hasta distancias cada vez mayores. También EDISON contribuyó a la telefonía, con la creación del *micrófono* de polvo de carbón (prácticamente el que se usa hoy día), como transmisor; pero no fue afortunado con el correspondiente receptor. Nuestros teléfonos actuales emplean, pues, como transmisor, un dispositivo muy similar al de Edison; pero conservan, como receptor, el sistema de Bell, sólo modificado en peso y en dimensiones. Cabe señalar, de paso, que la invención de Bell no estaba encaminada a "transmitir" a lo lejos las palabras, sino

a permitir que los sordos pudiesen oírlos mejor, aplicando el oído contra el receptor (Bell había estudiado medicina, y era profesor de Fisiología Vocal en Boston). Los audífonos para sordos, tan bien conocidos por todos, tienen pues su origen en el invento de Bell, que había sido destinado a muy distintos fines.

*

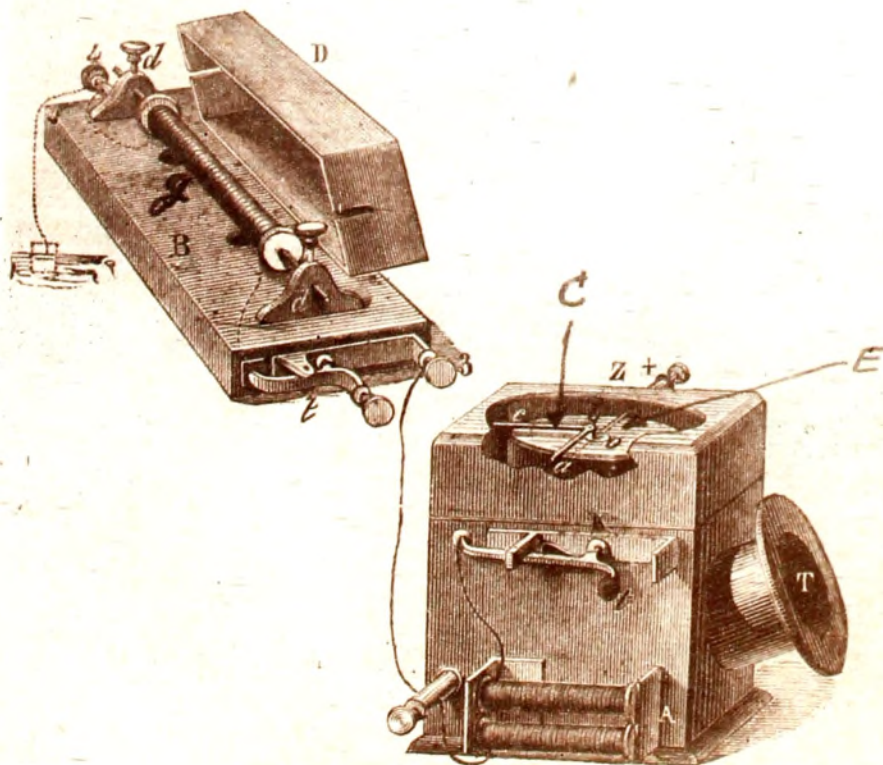
En nuestra época "transistorizada", en la que se operan cambios tan rápidos como decisivos para la ciencia, nos sentimos en el deber de examinar los pasos que dieron, hace tantos años, los ilustres predecesores de las actuales conquistas técnicas. Por eso siempre es reconfortante hojear los libros viejos; los siempre adorables "Tratados de Física" en que estudiaban nuestros padres, o las colecciones de revistas tales como "La Nature", de París, publicadas medio siglo atrás.

De sus páginas amarillentas, siempre brota alguna enseñanza. Siempre, la convicción de que algo que creíamos nuevo, tiene raíces muy hondas en la historia. De uno de esos venerables libros, tomamos las referencias que ofrecemos en esta nota. Por ellas, nos enteramos de que el teléfono cumple, en marzo de 1961, un siglo de vida. Y también, de que no debemos escandalizarnos tanto, en esta época, de oír hablar de música electrónica, concreta o cosas por el estilo, ya que en 1837 se hablaba de "música galvánica" (que dio origen al teléfono de Reiss) y se proyectaba el primer piano eléctrico, basado en un principio casi idéntico al de los órganos eléctricos actuales.

Como ya lo dice la viejísima sentencia: "Nihil novum sub sole"...

Roberto E. LAGARMILLA

(Especial para EL DTA)



Teléfono musical de Reiss.

ANTONINO LAMBERTI Y JOSE MARIA MIRO

se recuerdan los poemas del viejo
Lamberti, uruguayo de nacimiento y
por adopción. Hagámosle justicia.
recordar la pelea en verso que, en
Carlos Otamendi y ante Felipe Pe-
(comisario de policía), sostuvo con
Dario en "aquel momento de chaco-
al y "ararria", y la no menos famosa esgrima
que dio por resultado el conocido
"Roma", para justipreciar la vena
de nuestro Antonino, poeta de fama "ove-
nada" casi tobiata. Rayó Lamberti, enton-
a la altura de Rubén.

José María Miró (Julian Martel), au-
"La Bolsa", muerto en la juventud
por Lamberti? Disponemos de
cartas autógrafas que nos dirán algo
de estos dos hombres.

Antonino Lamberti "Amanecien-
un bello romance dedicado a Miró.
evitarnos el merecido elogio de este
transcribimos un trozo del borrador
na carta que el doctor D'Amico (?) le
a Lamberti:

me ha admirado tanto la imagina-
del poeta, ni la suavidad del colorido,
ritmo del movimiento de la cadencia:
ha admirado la frescura de la pasión,
no puede ser así expresada sino cuando
palpitar lo íntimo, lo que es ma-
don en un viejo amigo mío que
veinte años que estoy queriendo y ad-
obiendo. Tanta pasión juvenil que yo sa-
con cariño desde la enorme distancia
mi vejez, Ud. deja rebasar de su alma
la facilidad de la faena verdadera que
está forjada en el amanerado yunque
ni en el odioso modernismo decaden-

Antonino Lamberti se encontraba enton-
de paseo en Mar del Plata "con algunos
muchachos". De regreso halla la
del Dr. D'Amico, rebotante de afectos
ologos. Y el 24 de diciembre de 1903
contesta desde su casa en Buenos Aires
famosa "bichera", llamada así por los
que la frecuentaban, calle de la
conquista 335. Hay en dos páginas ale-
modestia, agradecimiento y también
ateza; pero no desilusión. Muéstrase en
caso resignado por sus errores. "Por-
— escribe — ¿qué hombre inteligente,



y de sentimiento, no lleva a la vejez la pe-
na de una equivocación sin remedio?". En
suma, Lamberti muéstrase satisfecho de la
vida. Y así dice:

"Sin embargo, conociendo la vida, nos-
otros no tendríamos razón para llamarnos
infelices, porque los años, con todas sus
crueldades, no nos han quitado el amor y
el cariño, el perfume del alma."

Andaba entonces cerca de los sesenta
años. Se había batido a los catorce en San
Nicolás con la escuadra de Susini contra
la Confederación; con Mitre, derrotado, en
Cepeda, y después, triunfante, en Pavón;
había escrito su bella "Flor del aire", su
inmarcesible "Montaraz", "únicamente por
desahogo o por hacerle el gusto a la índole",
según él... Y, además, lo amaban
mucho.

Hablando del poema "Amaneciendo", de-
dicado a José María Miró, Lamberti le agra-
dece al Dr. D'Amico "que se haya detenido
a ver la intención, a través de los desatinos
de la fantasía, suavizados por la sonoridad
de nuestro idioma". De Miró dice que era
una cabeza resplandeciente y repite el ad-
jetivo subrayándolo, palabras aprendidas de
D'Amico y usadas por Lamberti con fre-
cuencia. Y, veamos: ¿por qué floreció en
Lamberti el romance "Amaneciendo"? Se
lo cuenta a D'Amico: "Ese romance fue
escrito para mi malogrado amigo José Ma-
ría Miró "Julian Martel", con motivo de un
desaire injusto que sufría su amor de poe-
ta..."

"...los amores del poeta
prometiéndose la gloria..."

Y agrega: "Murió joven y el olvido la
persigue". El olvido del lector común. Pe-
ro no sólo a él.

Fueron dos cabezas resplandecientes, sin
embargo.

Julio IMBERT

(Especial para EL DIA)

Antonino Lamberti.

UNA EXCURSION POR EL TERRENO DE LA MODA

PARIS, marzo, 1961. (P.I.).
No deseo meterme en la
jurisdicción de los cronistas
de la moda. Lo que quiero es
entretenerme en el terreno de
los caprichos, examinar los capri-
chos de esta diosa voluble y
recordar cómo nacieron al-
gunas modas y también el
qué o busillis de varias de
ellas.

Cuando yo era joven, las
muchachas se enorgullecían
de llevar una larga cabelle-
ra. Todos admirábamos el
plendor de ciertas melenas
desplegadas como un magní-
fico manto. Eso se acabó. El
progreso, el dinamismo mo-
derno, lo que ustedes quie-
ran, ha puesto fin a esas
splendídeas capilares. En
nombre de la moda se ha
suprimido uno de los encan-
tes femeninos. En cambio,
los peluqueros se esmeran
en persuadir a las seño-
ras y señoritas a que se tñan
los cortos cabellos no sólo
de un color distinto al natu-
ral, sino de colores impro-
prios del cabello: verde, mo-
rdo, anaranjado... qué sé
yo. Después, les afeitan las
cejas y se las acondicionan
de modo que entre el ojo y
la falsa ceja se dibuja mu-
chas veces un bulto que pa-
rece un forunculo naciente.
Deformación del rostro. ¿Es
la moda! Es la moda, pero, es

una moda fea y antinatural,
como la de dejarse crecer
desmedidamente las uñas, co-
sa que queriendo ser agrada-
ble, a la mayoría de los hom-
bres les desagrada, y con
razón.

Rivalizando con los pelu-
queros, los costureros, pre-
valiéndose de la docilidad
femenina, se dedican a ha-
cer toda clase de judiadas
con el indumento de las
damas. Guste o no guste.
Sin ir más lejos, esta semana
pasada, una revista literaria
publicaba una serie de opi-
niones de artistas y hombres
de letras, contrarias a las
tendencias de la moda actual.
Pero los "creadores", como
ellos se llaman modestamen-
te, imponen su dictadura.

Nuestra época no tiene,
empero, el privilegio — el
triste privilegio — de la feal-
dad y el absurdo en materia
de modas. A lo largo de la
historia se encuentran inno-
vaciones, costumbres y ten-
dencias que deforman la na-
turalidad del cuerpo humano.
Y puede decirse que gran
número de estas modas ri-
dículas tuvieron su origen
en un acontecimiento sensa-
cional que interesó la vida
pública, o en una particu-
laridad concerniente a un so-
berano, a la estética de una
reina o, en ocasiones, a la

fantasía de un actor en boga.
Así, por ejemplo, en Francia,
los largos bigotes de Napo-
león III y el tupé de Luis
Felipe produjeron tipos mas-
culinos que duraron tanto
como los reinados de aque-
llos prohombres. En España,
muchos varones se peinaron
durante años a lo Alfonso (a
la manera del trece de este
nombre) o a lo Amadeo, con
el pelo hacia atrás, como el
efímero rey Amadeo de Sa-
boya. El corte de pelo del
cantor Chapoul, enamoró a
las damas por más de un
cuarto de siglo y fue imitado
por innumerables simios de la
especie humana. Lo mismo
que las dos moscas negras
que forman el ridículo bigo-
tillo de Charlot — y el de
Hitler — se difundieron co-
mo una peste, y aún hay por
ahí quien se atreve a llevar
esas dos moscas bajo la nariz.

Más aún... Porque Fran-
cisco I, jugando a las ciuda-
des sitiadas (el rey se divier-
te) con su amigo Bonniwet
con otros desocupados, reci-
bió en la cara un tizonazo
que le dejó una marca de
fuego, media Europa se dejó
la barba, como él, que se la
había dejado para disimular
la quemadura. Y cuando el
mismo monarca volvió de
Marignan, glorioso, pero con
un traje en jirones a causa

de los sablazos, se pusieron
de moda los jubones acuchi-
llados. Y porque Luis XIII
se entretuvo un día en re-
cortar y disminuir el bigote
y la barba de un oficial de
su guardia que se había que-
dado dormido, por todas par-
tes se puso de moda el bigo-
tito sintético y la breve pe-
rilla en el mentón.

¿Qué más?... Bastó que
Carlos V tuviese juanetes pa-
ra que toda la cristiandad se
calzase zapatos en forma de
espátula, como él. Y el he-
cho de que Luis XIV llevase
peluca, para ocultar varios
quistes sebáceos o lobanillos
que tenía en el cráneo, hizo
que se pusiesen peluca todos
los elegantes de la época. La
revolución se encargó más
tarde de quitar las pelucas...
y las cabezas.

En la Edad Media se con-
sideraba la cabellera larga
como signo de libertad y de
nobleza. A los siervos se les
cortaba el cabello. Y bastaba
tonsurar a un príncipe para
incapacitarlo en cuanto a la
función real. Los monjes se
afeitaban la cabeza como se-
ñal de humildad... Ahora,
Yul Brinner no sabemos por
qué se la afeita.

Las Cruzadas influyeron
mucho en las modas occiden-
tales, aportando a la nobleza
el gusto por las telas suntuo-

sas y amplias, mientras que
el vestido popular, adaptado
a las exigencias del trabajo,
era corto, severo y ajustado.
Desde el siglo XI, los prime-
ros cruzados adoptaron, para
reconocerse entre sí bajo la
armadura, la costumbre de
llevar escudos de armas dis-
tintivos en sus estandartes y
rodela, bordados con sedas
multicolores. La costumbre se
difundió y pronto la imitaron
las damas, que aplicaron esos
blasones a sus trajes femeni-
nos, abigarrándolos con adorno-
s y colorines. El calzado de
los señores, imitando a los
escarpes de la armadura, ter-
minaba en punta recurvada
y alargada casi hasta la al-
tura de la rodilla, donde a
veces se ataba el extremo del
zapato con un cordelillo. Al
propio tiempo, el peinado de
las damas adquiría tal "in-
tensidad" que llegó a no per-
mitirles pasar por las puer-
tas, y en cierto momento en
que la reina de Francia dio
al país la esperanza de un
heredero de la corona, todas
las señoras aristocráticas se
rellenaron el vientre de mo-
do desmesurado para seme-
jar que estaban en igual
trance. La tontería humana
no tiene límites.

La moda tiende con fre-
cuencia a exagerar, y lo que
consigue es ridiculizar. ¿Hay

algo más ridículo que un
sombrero de copa alta, si no
estuviésemos habituados a
verlo? ¿A quién se le ocurre
ponerse una chimenea en la
cabeza! Pues ya ven uste-
des... La moda absurda es
una enfermedad de la espe-
cie humana, herencia lejana
de los hombres primitivos y
de los salvajes, que aman el
adorno por encima de la uti-
lidad y la comodidad. ¿Qué
se le ha de hacer! Queda la
esperanza de que los hom-
bres se redimirán algún día
del vasallaje de la moda y
se vestirán con arreglo a la
razón. Pero creer que eso
pueda ocurrir con la mujer
sería no conocerla. La mujer
seguirá siempre los dictados
de los creadores de la ele-
gancia. Y todos los razona-
mientos y argumentos en
contra no bastarán a con-
vencerla. Si alguna vez acep-
ta que una moda es ridícula,
no por eso dejará de rendirle
tributo. Se pondrá cual-
quier adefesio aconsejado por
un modisto insensato, y si le
decís que aquello es feo, que
es antiestético y que le sienta
como un tiro os responderá:

—Está bien, pero... ¡es la
moda!

Y contra esto no hay quien
pueda.

Adolfo PELAYO.

SUCEDÉ... que los dos hombres de alta edad se han encontrado en hora sentimental propicia: la caída de la tarde. Aislados en acogedor habitáculo, sin más circunstancias y junto a los anaqueles de sencilla biblioteca, todo les resulta a pedir de boca. Van a poder hablar libremente, a su talante. Hablar, lo que más se puede hacer, sin comprometer las resistencias del cuerpo, ya en "senectude", que escribiría Cicerón.

Siete décadas y un pico es buena meta para remover impresiones lejanas e imborrables recuerdos. Por lo demás sepase que aquel poeta y monarca que fue don Alfonso el Sabio, recomendaba ya: libros viejos para leer, leña vieja para quemar, caballo viejo para cabalgar y amigos viejos para conversar. Y en eso último estamos.

Nosotros, a través de tanta nota ofrecida al lector en estas páginas, nos podemos ufanar de hallarnos más que presentados. El que le tiende a ustedes la mano ahora, junto a nosotros, es don Alvaro Sastre Sanjurjo. Igualmente con legítimo "don", desde que es también bachiller español. El, con sus certificados de estudios secundarios dados en Vigo; nosotros con elemental papeleta expedida en Salamanca, a tiempo que Unamuno era la autoridad universitaria más ruspidea en la muy docta ciudad. (¿Se dice así, doctora Esther de Cáceres?).

Aunque las aficiones artísticas no fueran por líneas paralelas (nosotros la literatura, Sastre Sanjurjo, ya en "hobby", el arte de Apeles), hay un parejo enfocar en infinitos puntos relacionados con infancia y juventud. Principalmente las lecturas iniciales. ¿Y no serían ellas, tan influenciadoras, las que nos hicieron caer en la precoz expatriación y coincidir en el país donde, con libertad, ni se ofende ni se teme?

— Usted no ha nacido aquí — le recuerdan a veces a uno.

Que salió de su terruño niño y ya hombre ha tratado de darle al ambiente, por pura satisfacción, lo mejor de su raza. Y sobre todo, que al tener 60 años de residencia americana, por la constante renovación de células e ideas (siquis y soma), se ha olvidado de ese hecho accidental, y desde luego involuntario, que es el nacer. "Somos de allí donde, por la lucha ideal, se nos abrió plenamente el alma", consignó un maestro.

Eso de recordar, en circunstancias como las apuntadas, el lugar de nacimiento, resulta mezquina acción. Es como si le quisieran retacear a uno derechos trascendentales, esos derechos que según la Constitución uruguaya, modelo de carta fundamental democrática, aumentan o disminuyen tan sólo al ritmo de los méritos y las virtudes de cada cual.

*

Los dos amigos se han puesto a dialogar: — Yo me sentí dominado por el afán de leer apenas aprendí las primeras letras. Allí por los siete años.

— ¡Oh, la atracción de aquel "Blanco y Negro" de Madrid, donde aparecían escritores festivos, fáciles, asequibles para nosotros a pesar de su fino ingenio, o tal vez a causa de estol!

— ¿Se acuerda usted de Vital Aza, aquel médico corpulento y barbado, que lo mismo curaba con una receta que hacía morir... de risa con un epigrama o una jácara?...

— ¿Y aquellas sus piezas teatrales que nos divertían a nosotros, párvulos, tanto como a nuestros padres y nuestros abuelos: "Perecito", "Zaragüeta"?

RECUERDE UD.

SOLUCIONA EL PROBLEMA DEL ESPACIO EN SU COCINA!!

MODERNA MESA PLEGABLE "JISSA"

ELÉGANTE Y FÚLIDA TERMINACIÓN

EN VENTA EN LAS BUENAS CASAS DEL RAMO

EN DOS TIPOS DE MONTAJE O APLICACIÓN

EL OTRO PRODUCTO DE ESTABLECIMIENTO INDUSTRIAL Y COMERCIAL JAMIL ISSA

1924 TELÉFONO 500.241

EL MUNDILLO ESPAÑOL VISTO DESDE EL URUGUAY

Aquí empiezan a aparecer más nombres de escritores festivos: Luis Taboada, el que va a un homenaje que le hace su ciudad natal y al que un cohete, disparado en la fiesta, le salta un ojo. ¿Y qué hace Luis Taboada al otro día? Pues, perjeña un ar-

frente al pizarrón: "la letra con sangre entra", se afirmaba entonces), a medida que la escuela, íbamos a decir, iba dilatándonos la percepción y el conocimiento, los colaboradores de "Blanco y Negro" nos interesaban más y más. Empezó a apasionarnos



Con la Historia de la Literatura, de Julio Cejador, en la mano, el cronista y su coetáneo comprueban lo efímero de las reputaciones literarias.

tículo chistoso, como todos los suyos, y pide al administrador del periódico de Madrid que le mande pronto el importe de la colaboración, a fin de adquirir cuanto antes un ojo postizo.

En "Blanco y Negro", con los humoristas de la pluma, estaban los del lápiz. El más celebrado de todos, Xaudaró, que creó un perrito tan famoso en España como lo es hoy en el mundo, actualmente muy chico (se recorre pronto) el "Pluto" de Disney. El caricaturista Cilla, su émulo Mecachis... El público español tenía gran aprecio para todos estos hombres, embarcados en la seria y muy respetable empresa de hacer reír. (¿Y eso que faltaba mucho para que se descubriesen los sabios mecanismos de las glándulas endocrinas, que sienten muy benéficamente el estímulo de cuanto es carcajada y se inhiben peligrosas cuando se rabia!).

Entre los más celebrados humoristas — ahora ya escribiendo y dibujando a un tiempo — estaba en ese entonces Melitón González, militar muy culto, de apellido Parrallada. (Se nos ha olvidado el nombre). Allí por el 903 o el 904, nos desternillábamos de risa en el Teatro de Mayo bonaerense con su "Tenorio Modernista", que hacía el actor Palmada. Melitón González caricaturizaba el lenguaje de los más exagerados acólitos de Rubén Darío, con los banales, liliales, abaciales, etc. y los desconcertantes giros que daban tajos a la gramática. Aparecía un personaje en escena, gola, jubón y espada, tal en la obra de José Zorrilla, y en la mano cierto enlozado de aquellos que en la época se guardaban en la mesa de luz:

— ¿Y ese artefacto sedante?
— ¡Es para un bohemio gris!
— ¿Sois Don Juan?...
— ¿Y vos Don Luis?...

Durante más de media hora, la gente reía y reía, ingenua y despreocupadamente, cosa tan rara, tan extraordinaria en esta hora apresurada y llena de angustias que nos ha tocado vivir.

*

A medida que crecíamos y la escuela (escuela particular, pagada, en la que se castigaba con palmeta y se penaba con un brutal golpe de puntero cualquier torpeza

la lectura de los cuentos. Dábamos gran importancia al hecho de que figurara debajo de una firma el agregado: "De la Real Academia de la Lengua". Era el caso de Eugenio Sellés, que llegó a presidirla, de Jacinto Octavio Picón, de Mauricio López Roberts, etc. ¡Cuántos nombres admirados entonces hoy yacen en el olvido! Alfonso Pérez Nieva, José Nogales, José Zahonero, B. Morales de San Martín, José María Matheu, F. Navarro Ledesma, S. Gutiérrez Gamero, Alfonso Reyes, Augusto Fernández Olmedilla, el laureado Francisco Acebal... Y, por encima de todos éstos, doña Emilia Pardo Bazán, a la que hicieron condesa, pero que no pudo entrar en la Academia, porque los "inmortales" sostenían que la corporación se había hecho para varones solamente. Y no para mujeres, aunque ellas poseyeran la varonía estilística e ideológica de la novelista de "Los Pazos de Ulloa".

De la constelación más alta y brillante en aquel tiempo: Benito Pérez Galdós, Juan Valera y José María Pereda, sólo permanece actual entre nosotros el primero, cuya vasta obra hizo que se le llamara el Balzac español.

Todos esos escritores influenciaban cuando nosotros llegamos aquí, el ambiente literario de Montevideo. Como lo influenciaban, en materia de poesía, el andaluz Salvador Rueda, el castellano José María Gabriel y Galán y el murciano Vicente Medina, al que nos parece seguía nuestro Viejo Pancho, cuando hizo su composición más celebrada: "La Güeya".

Ya en la primera decena del siglo los colaboradores de periódicos españoles, en proporción, eran tan leídos aquí como en su patria. No sólo porque circulaban mucho las revistas españolas (hoy los lectores son acaparados por los semanarios argentinos), cuanto porque, sin existir en el Uruguay ley de propiedad literaria, los periódicos españoles eran "tijereteados" sin piedad. Continuamente aparecían aquí transcripciones de los mejores colaboradores de "Heraldo de Madrid" o "El Liberal" o "El Imparcial". Tenían articulistas bien pagados y de mucha garra: Miguel de Unamuno, Manuel Bueno, Ramiro de Maertu, Francisco Grandmontagne, Dionisio Pérez... En el cementerio de la ciudad de México, en tum-

bas tan próximas como humildes, reyes los restos de tres verdaderos príncipes la crónica hispana (cronistas a lo R. Barrett): Antonio Zozaya, Fabián Vid Gabriel Alomar. ¡Lo que aprendimos otros leyendo a esos maestros! Como mócratas — ardientes republicanos — tuvieron otra salida decorosa que expatarse, cuando tendía su dominación el quismo. La nobleza y alta espiritualidad de los tres merecía destino menos duro.

Luis Bonafox, Joaquín Dicenta (que tan aclamado finalizando el siglo con drama proletario "Juan José"), Mariano Cavia, Eugenio Noel, Luis Bello, José perez Pinillos, Carmen de Burgos, Concha pina, Eduardo Zamacois, Julio y Francisco Camba, Ciges Aparicio, Emiliano Ramo Angel, Luis de Oteiza, Diego de San Jo, Ciro Bayo, Luis Antón del Olmet, tan fuerte, tan español, a quien mató de un tiro colaborador teatral enclenque: Vidal y P nas... (1)

¡Cuánto nombre popular para lectores nuestra generación, aquí en Montevideo, hoy ya nadie evoca! ¡Talentos y más lentos aplastados por el tiempo, yaciendo con sus obras bajo "la losa del olvido"!

Iniciado el siglo, eran disputadas en las capitales del Plata, a medida que llegaban las novelas de los eróticos. Los eróticos desde el dannunziano Felipe Trigo con "La Altísima" a Joaquín Belda, ingenioso con "La Suegra de Tarquino" y caído ya en la pornografía con "La Coquito". Y en el medio de los dos, prodigando excitantes escenas amorosas, Antonio Hoyos Vinent, Rafael López de Baro, Pedro Mata, Alfonso Hernández Catá, el Alberto Insúa de "La Mujer Fácil"...

¡Volúmenes y más volúmenes! Papel impreso en toneladas. ¿A dónde fue a dar?...

En Madrid, antagonismos, odios, exaltaciones o varapalos y, por encima de todo, intrigas... Nosotros caímos allá en 1913 con plan prefijado de entrevistar gente de letras: Linares Rivas nos decía que Shakespeare era almohada de Benavente; Del Olmet se mofaba de Martínez Sierra; el menor de los Camba ridiculizaba a García Sanchiz, lejos aún de hacerse charlista... Baroja, con libros en la mano, quería convencernos de que muchas cosas de "El Rastro", de Blasco Ibáñez, se le habían sacado a su novela "La Busca". No pudiendo Valle Inclán atacar en lo literario la figura patriarcal más digna, ridiculizábala en un aspecto trivial:

— ¡Eze Pérez Galdós es un miserable! Se ha pазado el verano con un traje de rayadillo.

¿La envidia de los literatos?... ¿Pero no es la envidia el rasgo más general de la especie? Y siempre estuvo el enemigo en el oficio. "El alfarero es enemigo del alfarero", nos enseñó Hesiodo. Lo que sucede es que entre la gente de pluma las armas están siempre más a mano para disparar. Son, específicamente, los arcos del ingenio y sus flechas envenenadas. Decía Grandmontagne que los literatos no se envidian unos a otros por el talento, pues todos lo creen poseer al máximo. Lo que envidian es el eco, el éxito y todo lo que resulta repercusión. Cuanto más directo y fuerte es el aplauso, o la recompensa, la envidia se hace más artera y más violenta.

"Hasta que no estés muerto, no esperes alabanza sin mezcla de envidia", aleccionaba Colton. Pero esto era antes, porque ahora en la literatura — con la vida agitada y los diarios llenos de cosas sensacionales, amén de las modas artísticas — el tiempo pasa la esponja sobre nombres de autores y de libros — ¡y nada decimos sobre el recuerdo, si se trata de periodistas! — como el niño lo hace sobre los signos que ha encontrado en el pizarrón de la escuela. ¿Cuántos son los muertos de quienes nos acordamos? Pero, señor, si la fugacidad en lo humano ya se lo había anotado a los vanidosos Marco Aurelio hace dos milenios en un capítulo de sus "Doce Libros": "Tú te vas a morir. Y los que te conocen se van a morir también. Y después, ¿no vino el Arcipreste a dejarnos otra gran lección para reglar conductas?"

Cosas de la vida
todas son vanidad;
todas son pasajeras;
terminan con la hecat.

Vicente A. SALAVERRI

(1) Tan sólo aparecen nombres que, con alguna cosa, le dejaron fuerte impresión a quien aquí los consigna ahora.

(Especial para EL DIA)

Tarzan

EDGAR RICE BURROUGHS



HAZ ALGO, TARZAN! ME LLEVA... PARA COMERME....!

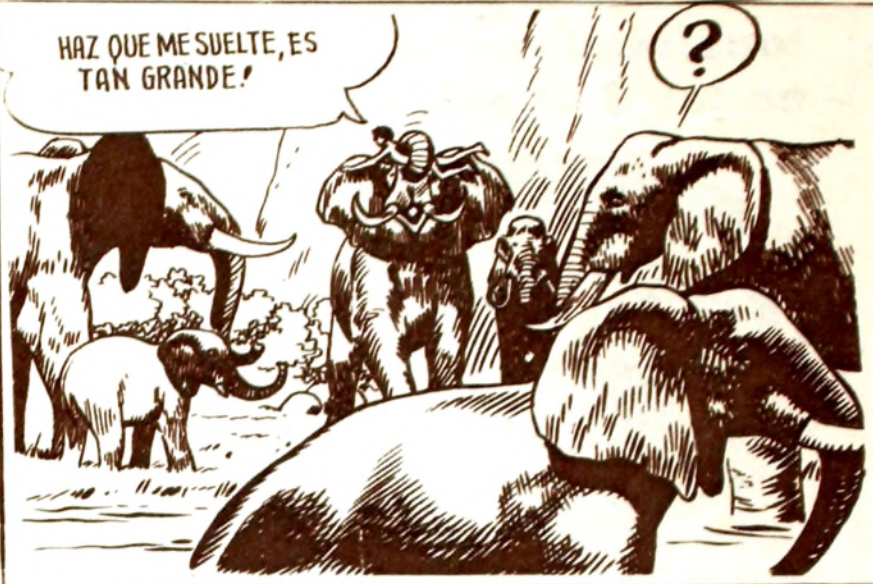


CHARLIE: HAZ TOMAS DEL MUCHACHO, QUE YO SEGUIRE MIRANDO A TARZAN!

TERROR DE ITO, COMIENZA A VER QUE SU CREEN- QUE EN ESE VA- S ELEFANTES ENEN. EL INS- DE HERIR, ES ÓNEA.

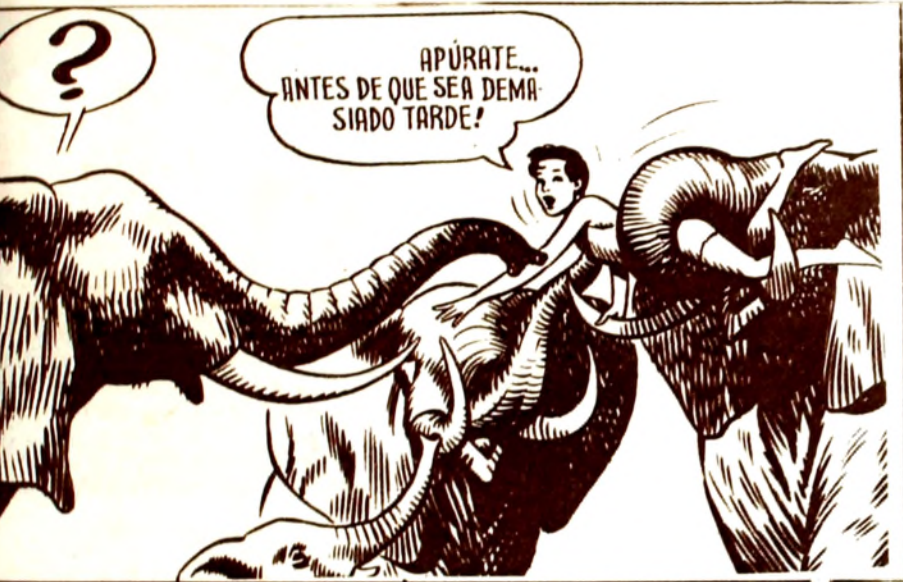


AYÚDAME, TARZAN.



HAZ QUE ME SUELTE, ES TAN GRANDE!

?



APÚRATE... ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE!

?



OH! TARZAN! ELEFANTES DE MI TAMAÑO!



AYYYY! ME ESTÁN PINCHANDO, TARZAN!

DILL ELLIOTT JOHN CELARDO

LA CREENCIA DE TARZAN ERA CIERTA... PARA ITO, EN EL "VALLE PERDIDO DE LOS ELEFANTES" UNA FAMILIA DE PAQUIDERMUS ACEPTA EL PRIMER MUCHACHO QUE HA VISTO, COMO COMPAÑERO DE JUEGOS PARA LOS ELEFANTES.



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares.



desfile otoñal del punto

con nuevas creaciones y tonalidades en las 3 avenidas y...

Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.

CASA MATRIZ - Av. Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES - Av. Gral. Flores 2341
TELEF. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON - Av. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan
vuestros pedidos a nuestra CASA
MATRIZ, Avda. Agraciada 2302
y M. Sosa.

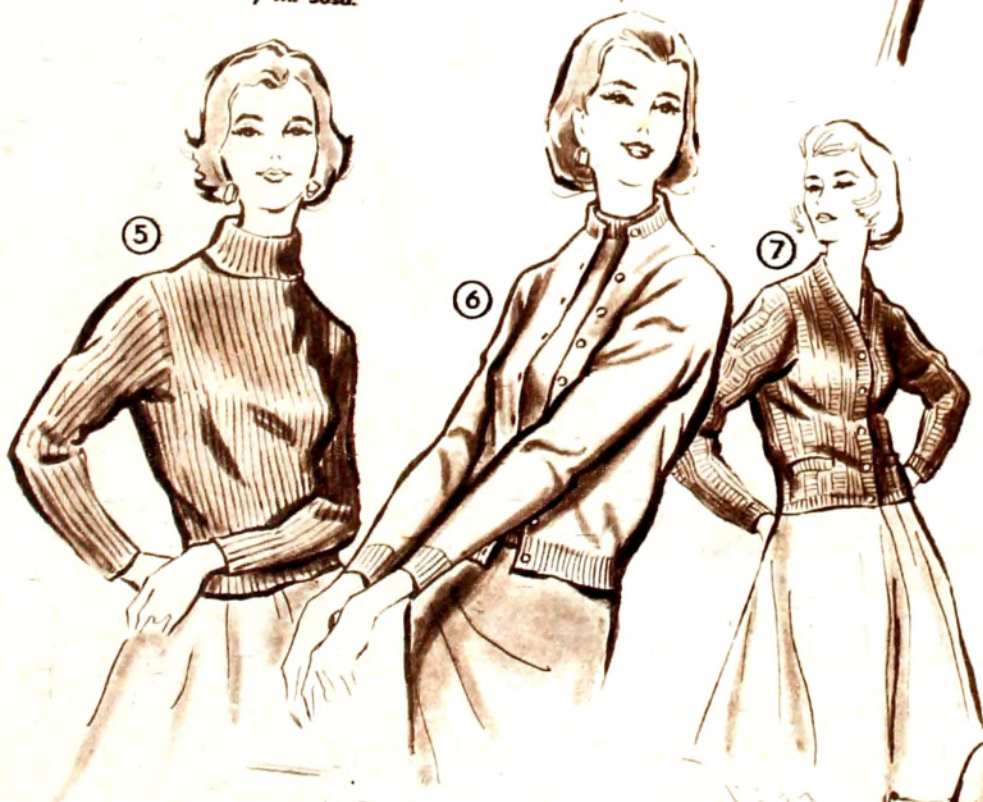


1 - Destacamos casaca de cuello alto, manga raglan y original fantasía rayada \$ **96.00**

2 - Novedosa casaca en punto, con fino detalle calado en cuello y bolsillos \$ **49.50**

3 - Moderna casaca morley, tiene escote "V" y cuello, tonos de actualidad \$ **63.00**

4 - Destacamos este modelo con gran cuello, realizado en grueso punto imitación a mano. Talles 54 al 58 \$95.00, talles 46 al 52 \$ **87.00**



5 - Abrigado rompeviento con cuello apenas desbocado, diversidad de colores \$ **78.00**

6 - Conjunto en fino punto de lana, completa selección de colores. Buzo manga corta \$ **33.00**
Saquito \$ **41.00**

7 - Moderno saco abierto en tejido imitación a mano sumamente abrigado. Talles 54 al 58 \$95.00, talles 46 al 52 \$ **85.00**



8 - Clásico chaleco en grueso tejido morley, muy indicado para sport \$ **75.00**



9 - En punto de gran calidad, presentamos saco cerrado con cuello y bolsillos. Talles 54 al 58 \$82.00, talles 46 al 52 \$ **72.00**



10 - Casaca de línea moderna, en punto liviano y variedad de tonos \$ **48.00**



11 - En punto morley, casaca de tonos lisos c/escote "V" combinado en blanco \$ **62.00**



12 - Saco en punto de lana, es un modelo abierto en diversos tonos \$ **54.00**

Para facilitar sus compras, nuestras 3 casas permanecen abiertas durante 10 hs. al día en horario continuado de 10 a 20 hs.